

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 3

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.



Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.— Dos idem, de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.

LA MUERTE DE JESUCRISTO.

Murió Jesús, gemid, gemid, hermanos:
Todos en él pusisteis vuestras manos.

A pesar de la indiferencia de los hombres,
hay en estos días un movimiento casi general

esta semana. Aun no hace cuarenta días, cuando el mundo todo se entregaba á una alegría profana en las diversiones del Carnaval, ya la Iglesia dejaba oír sus gemidos. Cuando los armoniosos sonos de deliciosa música resonaban en el teatro y en los bailes, ya la Iglesia se cubría de luto, y cuando las gentes coronaban sus cabezas de hermosas flores y tomaban en su mano la copa del placer, la Iglesia vino á deshojar sobre sus cabezas esas efímeras coronas, á romper esas copas encantadoras, y sembrando sobre la frente de cada uno de ellos la ceniza de los muertos, les ha recordado la sentencia terrible que un Dios justamente irritado pronunció contra el primer pecador: «¡Acuérdate que eres polvo, y en polvo te convertirás!...» Desde entonces los ecos del dolor han resonado en las bóvedas de los templos,

Jeremías, el profeta de los grandes dolores, suspiró en otro tiempo sobre las ruinas de la infortunada Jerusalén. Nuestro duelo es mas triste que la muerte, porque cuando viene este inflexible á arrancar á alguno del número de los vivientes, aun se oyen por intervalos los interrumpidos sonos de la campana funeral. ¡Cuán diferente es el luto de esta semana! Los sagrados broncees permanecen mudos en lo alto de las torres cristianas, mudos aun para anunciar como en todo el año tres veces al día al género humano: *Que el Verbo Divino se hizo hombre y habitó entre nosotros*. ¡Qué espectáculo tan imponente el de todo un pueblo reunido en el templo del Señor! Al ver la débil luz de las hachas combatir vagamente la oscuridad suspendida en las altas bóvedas; al oír el eco de los cánticos religiosos que se pierden entre las sombras, creíase uno en aquellos tiempos en que los primitivos fieles oraban al resplandor de las antorchas y hacían subir desde el fondo de las catacumbas y entrañas de la tierra sus cánticos al Eterno: ó mas bien podría decirse que la multitud religiosa, silenciosamente postrada al pie de los monumentos, de los sepulcros del Salvador, no se compone sino de una sola inmensa familia que viene á pasar la noche al lado del cadáver de un padre querido depositado en el féretro. Todas estas señales de dolor profundo, de funeral tristeza, ¿qué significan? Lo sabéis, porque en esta semana celebramos el aniversario de la muerte del Salvador de los hombres. Ved por que en esta semana no os hablaremos de cosas alegres. Os hablaremos del drama mas terrible que vieron los siglos, y os hablaremos con acento triste y sentido, si bien consolador, porque si en la pasión del Hombre-Dios la humanidad sucumbe, la divinidad triunfa.

Después de la última cena pasó Jesús el torrente Cedron como David lo habia pasado otro tiempo huyendo de un hijo suyo desnaturalizado; subió como él al monte de las Olivas, y entró en un jardín. Aquí es donde verdaderamente comienza la pasión del Hombre-Dios. El primer hombre cometió su primera falta, principio de todas las demas, en un jardín de delicias; en un jardín muy diferente va el nuevo Adán á comenzar la expiación de los pecados del mundo. Aléjase de Pedro, Jacobo y Juan, sus apóstoles, para orar, encargándoles que estuviesen vigilantes. Jesús se llena de terror al orar á su Eterno Padre. ¿Teme acaso el suplicio que le está reservado? No: él habia dicho antes que deseaba ser bautizado en su sangre. Este terror, esta tristeza la causan la vista de los desórdenes pasados, presentes y futuros de la humanidad que se presentan todos á la vez delante de él. Ve correr á torrentes la iniquidad.

El pecado se expia, se borra por el dolor del corazón, y el que Cristo siente en aquel momento corresponde á la grandeza de



El domingo de Ramos.

en toda la cristiandad. La religion nos ha preparado de antemano á las lúgubres ceremonias de

pero en esta semana, van á resonar con ecos mas lamentables aun, con los tristes acentos que

todos los crímenes que se han cometido y cometerán en los siglos. Un sudor de sangre corre gota á gota de su frente á la tierra; su alma está triste hasta la muerte, y si su humanidad no hubiese sido sostenida por su naturaleza divina, Cristo hubiera seguramente sucumbido. Entonces tal vez al contemplar la ingratitud del hombre que iba á redimir á precio de su sangre es cuando debió esclamar: «¡Padre mio! ¡Padre mio! si es posible, alejad este cáliz de mí.» Todas las pasiones que tiranizan el corazón del hombre, van á atacarle, á levantarse contra él y atormentarle. Mientras que su alma se halla entregada á la mas cruel y violenta agitación, sus discípulos se dejan vencer por el sueño. ¡Ved aquí la negligencia!

Judas, uno de sus apóstoles, que sabía el lugar donde se había retirado Cristo, va á buscar á los príncipes de los sacerdotes á quien las máximas de Jesús habían irritado, y les dice: «¿Qué queréis darme?» Prométenle treinta monedas de plata, y Jesucristo es vendido por uno de los suyos, como José lo había sido por sus hermanos. ¡Ved la avaricia y el orgullo reunidos! El hijo de perdición, tal es el nombre que justamente le dá la Escritura, se adelanta acompañado de soldados armados al encuentro de su divino Maestro, y les dice: «Prended aquel á quien yo diere un beso, porque es al que buscáis.» Y da un beso á Jesús. ¡Ved la traición!

Para hacer conocer el Hombre-Dios á sus enemigos que voluntariamente se entrega á ellos se adelanta á su encuentro y les dice: «¿A quién buscáis?» y cayeron como heridos del rayo al eco de su poderosa voz en el suelo. Simón Pedro, que tenía una espada, echó mano de ella, é hirió á uno de los criados del pontífice; pero el Señor lo sanó instantáneamente, y mandó á su discípulo que envainase la espada, porque quería apurar el cáliz de amargura que le destinaba su Padre. Los soldados prendieron entonces á Jesús, le ataron las manos, y todos sus discípulos le abandonaron. ¡Ved la inconstancia! Condujeron los soldados á Jesús al palacio del gran sacerdote, según el orden de Melquisedec Anán, y después á casa de Caifás, gran sacerdote, según el orden de Aaron. Preguntado por éste sobre sus discípulos y doctrina, Jesús le respondió: «Yo he hablado públicamente á todo el mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde todos los judíos se reúnen; nada, nada he dicho en secreto. ¿por qué me preguntáis á mí? preguntad á los que me han oído.» Al decir esto, uno de los oficiales que se hallaban delante, le descargó insolentemente un fuerte bofetón, gritando: «¿Así respondes al pontífice?» Contestóle el Salvador: «Si he hablado mal, muéstrame en qué; y si bien, ¿por qué me hieres?» Así á la cólera responde el Señor con palabras mesuradas y tranquilas. Falsos testigos resueltos á perderle deponen falsos testimonios contra él. ¡Ved el perjurio y la mentira! Mientras en el tribunal de Caifás hablaban ya de condenar á Jesús, una criada que divisa á Pedro entre los que se hallaban en el atrio del palacio, dirigiéndose á los que se hallaban presentes: «Este es uno, dice, señalando á Pedro; este es uno de sus discípulos.» Pedro asegura tres veces con juramento que no conoce á aquel hombre. ¡Ved el perjurio, las consideraciones y respetos humanos!

Al salir de la casa de Caifás, Jesús arrojó sobre Pedro una mirada de compasión, y triunfa así de su infidelidad. Llevado á casa de Pilato, este le envía á Herodes, que se alegra de verle, esperando que haga en su presencia algún milagro de que está dispuesto á no aprovecharse para su salvación. ¡Ved la vana curiosidad! Herodes lo trata como á un loco, y lo hace conducir nuevamente á Pilato; este le pregunta, se convence de su inocencia, y se halla dispuesto á salvarlo. Jesús recompensa la benevolencia que le manifiesta Pilato por saludables avisos, de que no sabe este aprovecharse. Pilato titubea largo tiempo en sacrificar al Salvador; sabía que si no lo sacrificaba, podía de un momento á otro estallar una conmoción popular, y que podría ser víctima de ella. Con todo, aun vacila, porque descubre una cosa sobrenatural en el hombre que han conducido á su tribunal. Momento solemne, en que la corte toda celestial, inmóvil en el cielo, mira atentamente el admirable espectáculo que presenta la tierra. El ángel de las recompensas mantiene indeciso en sus manos la

corona inmortal, reservada al primer mártir, fluctúa incierta de la cabeza de Esteban á la de Pilato, y el ángel consultaba á Dios. Una voz parte del trono del Altísimo: ¡Maldición eterna al gobernador de la Judea! Pilato condena á Jesús á ser azotado bárbaramente, y lo entrega al escarnio de los soldados que lo golpean brutalmente, le tejen una corona de espinas, y ponen en sus manos por cetro una caña rota, y cubren sus ensangrentadas espaldas con unos harapos de raída púrpura.

¡Ved aquí el hombre! dijo Pilato al pueblo presentando á Jesús en tan lamentable estado, con ánimo aun de salvarle; pero de todas partes gritaban: ¡Crucifícale! ¡crucifícale! En vano Pilato se lava delante del pueblo las manos, diciendo que es inocente de la sangre del justo; una mancha de sangre quedará impresa sobre su frente durante todos los siglos; mancha indeleble, porque es de sangre divina. ¡Ved la culpable política de los grandes del mundo que sacrifican muchas veces la inocencia por conservar los destinos y empleos!

El gobernador de Judea tiene el derecho de libertar un criminal en celebridad de la Pascua, y da á los judíos á elegir entre Jesús, cuya inocencia reconoce, y Barrabás, ladrón famoso; y los judíos claman furiosamente: ¡la libertad para Barrabás, la cruz para Jesús! ¡Ved la rabia del populacho, el deseo de muerte!

Entregado al furor popular, los príncipes de los sacerdotes y los doctores de la ley le hicieron cargar una pesada cruz, y le condujeron al Gólgota, lugar destinado para la ejecución de los reos. Al marchar al suplicio, el Salvador vuelve los ojos hácia las hijas de Jerusalén: «¡No lloreis por mí, les dice, si no por vosotras y por vuestros hijos!» No se pasará un siglo sin que esta terrible profecía tenga su horroroso cumplimiento. ¡Infeliz Jerusalén! ¡Cuántas veces has querido reunir tus hijos, como la gallina sus polluelos bajo sus alas, y tú no lo has logrado! Próximo está el tiempo en que tus enemigos, mas rápidos que las águilas del cielo, van á caer sobre ti: tú has presentado al Hijo de Dios para que agote hasta las heces una copa terrible de amargura: la ha agotado, pero no ha roto esta copa terrible: el furor del Altísimo la llenará á su vez para tí, y te embriagará de dolor: tú lo has coronado de espinas, el Señor te coronará de males: tú le has puesto en tal estado, que es difícil reconocerle por un hombre, y meneando burlescamente la cabeza le has preguntado si se creía aun el Cristo enviado de Dios: tus enemigos menearán también la cabeza, y al ver tus ruinas, tus escombros y los mutilados restos de tus edificios te preguntarán si esta ciudad es la que un tiempo fué el orgullo y la gala del mundo!!!

María, á quien el discípulo amado Juan, vino á decirle que Pilato había altamente proclamado la inocencia de Jesús, condenándole sin embargo á muerte, salió de su retiro acompañada del evangelista San Juan, para ver al Hijo de sus entrañas, cuando le llevaban al suplicio, estrecharle contra su corazón, y darle el último adiós. Un largo reguero de sangre le hizo conocer al llegar, que ya había pasado la ténue comitiva. Adelantóse hasta un sitio donde todo lo podía ver. ¡Qué espectáculo para esta pobre Madre! Oye los gritos, oye las injurias, oye las blasfemias, ve los verdugos; los unos llevan clavos, los otros cuerdas, y los otros martillos: busca en medio de ellos á Jesús, y teme encontrarle. Lo descubre cargado con su cruz. ¡Oh! ¡qué cambiado está! No es ya el mas hermoso de los hijos de los hombres. El dolor había devorado su belleza: es todo una llaga; desde la cabeza á los pies corre la sangre; ¡si no hubiera sido su Madre no le hubiera reconocido! Sigue á la multitud furiosa, y de todas partes gritan, ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

Llegado al Gólgota, rasgan bárbaramente sus vestiduras, déjanle en vergonzosa desnudez, le tienden sobre la cruz, clavan sus pies y manos destrozando impiamente todos sus miembros, y lo levantan crucificado á los ojos de la desenfrenada muchedumbre.

Su Madre estaba allí. Vosotros habreis visto algunos que cuando vuestras madres han perdido un hijo querido han velado cerca de su lecho presentándole con solicitud maternal las medicinas que creían poder prolongar un momento su exis-

tencia, y que cuando han espirado han tenido al menos el triste consuelo de abrazarlos. María fué mas desgraciada que todas las madres: su Hijo moribundo hace oír este grito de agonía: ¡Tengo sed! y no puede ofrecerle un vaso de agua. Uno de los soldados empapó una esponja con vinagre y atándola á una vara de hisopo se la arrojó á la boca. Algunos instantes antes que terminase tan dolorosamente su vida mortal el Salvador, descubriendo al pie de la cruz un discípulo, que amaba por la candidez de su alma, acordándose que él era el representante del pecado, y que una Madre tan pura como la suya era la única capaz de mediar entre Dios y los pecadores, le dijo: *Muger: he ahí á tu hijo*, y al discípulo: *he ahí á tu Madre*. Jesús en su abandono no podía recibir ningún consuelo: entonces se quejó de estar abandonado no por su Padre, sino por un Dios terrible que lanzaba sus rayos sobre el Calvario, queriendo así darnos una gran lección de que el pecado merece á la vez el odio de los hombres, y la cólera y reprobación del cielo. Poco tiempo después soboreaba aun su caliz de amargura: la copa se había agotado lentamente, había llegado á las heces mas amargas, y exclamó con una voz fuerte: *¡Todo se ha consumado!* Después arrojando una última mirada de complacencia y de amor sobre la tierra, que acababa de salvar, espiró.

Gemid, gemid, hermanos:

¡Todos en él pusisteis vuestras manos!

Cristo murió; pero murió como Sansón, que sepulta á los filisteos en su ruina; ha muerto como Jacob que cruza sus brazos para bendecir á Efraín y Manasés. Ha muerto, pero subsiste su poder: Muerto detiene aun como Josué el sol en su carrera; empero este gran astro pierde sus rayos, no parece en el cielo sino como un cuerpo muerto que se envuelve en una inmensa mortaja. El velo del templo inútil ya para lo sucesivo, se rasga de arriba abajo; chocan entre sí las piedras, y para confundir la incredulidad, se trastorna la naturaleza toda. La muerte que había creído vencer al Hombre-Dios, se confiesa ella misma vencida, y le vuelve sus presas. Todo es confusión; los habitantes del otro mundo, aparecen en el nuestro, tiembla la tierra dispuesta á caerse, según la expresión de Isaias, como un hombre embriagado. En medio de la obscuridad y la confusión sobrevienen los remordimientos: muchos de los judíos que habían escarnecido la víctima del Gólgota, golpean con dolor su pecho, y exclaman á su pesar: «Verdaderamente este era el hijo de Dios!»

¡Todo está consumado! las profecías se cumplieron: las figuras quedan explicadas: la verdad sucede á las sombras: el nuevo Adán ha muerto en el lugar que se miraba como el lugar de la sepultura del primero: la serpiente quedó vencida. En efecto, habeis visto á la antigua serpiente perseguir al Señor por todas partes. Se desliza en el jardín de las Olivas: se arrastra en los palacios de Anán, de Caifás, de Pilato y de Herodes. ¿Oís la multitud que aulla y que blasfema? Es la serpiente que silba. Se enrosca alrededor de la cruz, sube á ella con los verdugos, llega hasta la inscripción *Jesús Nazareno, Rey de los judíos*: la ha leído: centellean sus ojos: quiere arrancársela; pero una fuerza invencible la detiene: el cadáver que hay pendiente en la cruz en lugar de un olor de corrupción, exhala un olor de divinidad que la sofoca. Baja, y con ella una inmensa cortina de tinieblas cae sobre la tierra, porque ha terminado el mas grande de los dramas, un drama divino.

La serpiente quedó vencida, el Evangelio predicado por todo el mundo, y la antorcha de la fé brilla á los ojos de todas las naciones, á las que ha llevado la civilización y la libertad.

Abramos la historia y recorramos en sus páginas lo que pasaba, en el mundo cuando Cristo vino á renovar la faz de la tierra. Salvó nuestras almas, é hizo libre el mundo. Roma pagana extendía hasta las estremidades de la tierra su gloria, su orgullo, su imperio y sus vicios. El mundo debía avergonzarse de ser regido por sus emperadores. Uno de ellos deseaba en su delirio que su pueblo no tuviese mas que un solo cuello, para poderlo cortar de un solo golpe de su segur, y ese pueblo, arrastrándose á sus pies, lo reconoce por una divinidad! Otro hacia ase-

sinar su madre, incendiaba para divertirse á Roma, y Roma le levantaba altares! Mas tarde repetía con amor, con entusiasmo, los nombres de Tito y de Trajano; y Tito, llamado las delicias del género humano, degollaba tres mil judíos, para celebrar la fiesta de su padre; y el español Trajano, gran perseguidor de los cristianos, mandaba diez mil hombres que se matasen por entretenerte en un simulacro militar! En el reinado de Claudio se repite mas en grande igual atroz espectáculo, y el historiador Tácito refiere que las tropas al marchar saludaban al César con estas aterradoras palabras: *Morituri te salutant*; Los que van á morir te saludan!

En medio de estas infamias dominaba la esclavitud mas dura; ni una ligera sombra de libertad. Dos clases solas habia en la sociedad, opresores y oprimidos. Opresores que se tiranizaban los unos á los otros: oprimidos y esclavos, de cuya suerte se disponia cual de un vil rebaño. Tal era Roma, tal era el mundo cuando el Evangelio proclamó la igualdad del hombre, la dignidad del pobre y la civilización. La bandera de la libertad del mundo fué la cruz, antes signo de oprobio y de infamia. La cruz fué la vara de Moisés que ablanda la dureza de Faraon y le sumerge en las ondas. La cruz es el árbol que salvó al mundo, que un árbol habia perdido. En vano las potestades de la tierra se ligaron para sostener al mundo en servidumbre y proscribir la cruz; la cruz fué y será plantada sobre los palacios de las potestades de la tierra. Esos discípulos, esos apóstoles que habeis visto tan tímidos, tan cobardes, fueron tan heroicamente á llevarla teñida en su sangre hasta los últimos confines de la tierra. La cruz ha prendido con hondas raíces en ella, y la vemos brillar en lo alto de las torres, en medio de los caminos y plazas públicas; preside en los tribunales; resplandece en el pecho de los valientes, escapados al peligro de la guerra: forma el mas bello adorno en los cuellos de las mugeres; protege la cabaña del pobre; tiene un lugar distinguido en la casa de los ricos; cubre el sepulcro de nuestros abuelos, y resplandecerá triunfante en el último día del juicio, en manos de la victima del Gólgota, entre los abrasados escombros y humeantes ruinas del mundo.—J. M.

HISTORIA DE UN AHORCADO.

(Conclusion.)

IV.

El estudioso médico no pudo cumplir su promesa de devolver la razon á Christel, á la pobre insensata. Los movimientos militares de que hemos hablado, interceptaron las comunicaciones por espacio de muchos dias, y cuando pudo presentarse en casa de Emmy, la desgraciada anciana habia sido trasladada á la del relojero, con el cual habia hecho su aprendizaje Elias, y Christel no estaba allí. La madre de la niña contó al doctor con el corazón destrozado, cómo la pobre hija preocupada con la idea de volver á encontrar á su prometido, se escapaba cada vez que veia pasar soldados con armas, hasta el día en que no la volvieron á ver mas.

Trascurridos doce años desde estos sucesos, Junker habia abandonado aquel pobre país, y empezaba á conquistar en Halle su alta reputación que le ha colocado en el rango de los hombres que dan honor á la ciencia; pero entre estos, como entre los artistas y entre todos los que ambicionan celebridad

«La fortuna vende á un precio muy escoso, lo que generalmente se cree que regala.»

El doctor habia adquirido considerables deudas, y de nada menos se hablaba para él que de la prision, esa sabia especulación moderna que comienza por matar el crédito del deudor, á fin de obligarle á tener fondos.

No para huir de sus acreedores, sino para dar tiempo al arreglo de sus negocios, Junker emprendió un viaje que le condujo hasta Amsterdam. Un día que las personas que le acompañaban, le hacian admirar los detalles de la magnífica bolsa de esta ciudad, se le acercó un hombre de agradable semblante y de fastuosa apariencia, que ya le habia sido señalado como uno de los principales negociantes de la plaza.

—¿Sois vos el célebre doctor Junker, de Halle? le preguntó.

—Servidor vuestro, caballero.

—Celebro encontraros tan oportunamente; pues iba á escribiros.

—Yo tambien me felicito de ello, respondió el doctor que nunca se admiraba, pues llegó á tiempo de ahorraros los gastos del correo.

—Por insignificantes que parezcan esos gastos, caballero, pueden llegar á ser un capital.

—Eso es digno de elogio en un comerciante; pero yo soy médico, y confieso que no tengo el honor de conoceros.

—Y sin embargo, tenemos que arreglar juntos una cuenta.

—¡Bueno! dijo Junker para sí, yo buscaba la calma, y en todas partes me persiguen los enredos... decididamente este es un acreedor.

—¿Habeis concluido de reflexionar, caballero?

—Perfectamente... estoy convencido de que las deudas tienen las piernas muy largas, y me siguen por todas partes.

—Lo que tenemos que tratar es muy serio.

—Yo no conozco la alegría, caballero.

—Espero que me dispensareis el honor de acompañarme á comer.

—Perdonadme; pero no sé si debo...

—Como, ¿ignorais si debeis?

—Es cierto! es cierto! dijo Junker, que se inclinó humildemente, acepto.

—Tomad mi tarjeta... á las cinco: este es el plazo

—Palabra de mal agüero... mucho desconfío de esta comida, pensó para sí el doctor, despidiéndose de su interlocutor.

A la hora convenida se dirigió á casa de M.***, y al entrar no pudo menos de admirarse de la elegancia y el buen gusto con que estaba alhajada. En ella encontró una linda señora que desde luego comprendió que era la esposa del comerciante, y dos niños alegres y llenos de salud.

Después de cambiar los saludos de costumbre, el doctor llamó aparte al negociante, y le dijo:

—Cuando gustéis hablaremos de nuestros negocios.

—No, comeremos antes si os parece, caballero.

Como quiera que los deudores deben ser dóciles, el doctor se sentó á la mesa sin replicar. La comida fué en extremo agradable: el dueño de la casa se mostró por su parte sumamente cordial, y la muger llena de atenciones. Un anciano que aun se acordaba de los buenos tiempos de su juventud, segun la perfecta elegancia de su traje, el cual tomó Junker por uno de los principales dependientes de la casa, era el encargado de servir al doctor vino de Francia. Los holandeses tienen para esto la mano pesada, y todo iba maravillosamente, cuando llegaron los postres. Entonces mandaron retirar á los criados.

—Vos murmurais alguna cosa por lo bajo, dijo el negociante al sábio.

—Sí, pienso en un autor francés que estimo mucho, el cual después de una alegría, anuncia siempre un mal cuarto de hora.

—¿Aludis al cuarto de hora de Rabelais? dijo el viejo.

—A propósito, doctor, replicó el comerciante, ¿sabéis que yo he comprado todos vuestros créditos?

—He aquí el negocio, pensó para sí el interpe-

lado.

—¿Quereis que os sirva de estas ananas?

—Gracias, no tengo gana.

—¡Oh! yo tengo con que abriros el apetito... Ved, ese plato oculto bajo una larga y pesada tapadera encarnada... es un plato inventado por mi muger... y aunque algo caro no he reparado en ello con tal de recibiros dignamente... ¿Cuanto cuesta?

Esta pregunta fué dirigida al viejo dependiente: á lo menos tal era la calidad que Junker le atribuía. El anciano sacó con gravedad de su bolsillo un prontuario, y le consultó.

—Diez mil florines, contestó luego que hubo hecho su exámen.

—¿Pero vuestra esposa ha hecho fundir la perla de Cleopatra?

—¡No por Dios!.. esto es una cosa bien sencilla... vais á verlo.

Y el negociante levantó la tapadera.

—¡Esto huele á ron!...

—¡Ah! sí: es un ponche... de pagarés.

En efecto, ocultos hasta entonces los largos

flancos de la ponchera, aparecieron de repente inundados de aquel dorado licor, en cuya superficie vogaba una gran cantidad de papeles en desorden que dejaban leer sin embargo: «Pagaré á tal día etc. etc.» y aquí y allá se veia la firma del imprudente doctor, bien clara y bien auténtica.

Junker apenas tuvo tiempo para admirarse, porque el negociante gritó inmediatamente:

—¡Fuego!

Y el anciano tomando una bugia, la aproximó al ron que se inflamó con esplosion incendiando aquellos papeles que se arremolinaron en sus azules llamas y cayeron después en sus ardientes olas convertidos en diez mil florines de cenizas, que batidas por la cuchara, cuyo oficio es conocido, se mezclaron, se confundieron, y, en fin, apenas dejaron una ligera tinta gris en el licor que chisporroteaba como el oro en fusion.

—¿Qué os parece la idea, doctor?

—Por lo que respecta á mí, me parece buena... Sin embargo, ya comprendereis que yo no acepto tan fácilmente el saldo de mis cuentas.

—¿De vuestro ahorcado, no, doctor?

—¡Ah! exclamó Junker juntando las manos con una espresion de sorpresa.

—¿Ni de Christel? dijo la muger del negociante.

—¡Oh cielos!

—¿Ni del padre adoptivo de Elias Tech? añadió el anciano.

—¡Gran Dios!

—Emmy sola nos falta... pero nos contempla desde el cielo... Vos me habeis reconciliado con el ron, señor Junker... ¡la salud de los hombres honrados!

El brindis fué unánime y cortas las esplicaciones que le siguieron.

Al separarse de aquel hombre generoso que le salvaba la vida, Elias emprendió el camino de Holanda, y á fin de desorientar á los que pudieran perseguirle, varió de nombre y de estado. Era jóven, inteligente y dotado de una simpática fisonomía, por lo que se hizo dependiente de comercio. Como entre los neerlandeses un hombre entendido es un capital cuyo valor se aprecia, y él ademas estaba dotado de buena disposicion para el comercio y afan por los negocios, no tardó en hacer progresos. Elevado al rango de jefe superior de casa, era ya casi millonario bajo el nombre de M.***, cuando encontró á Junker á quien en efecto iba á escribir.

La presencia del viejo relojero en su casa se esplicaba perfectamente por los buenos sentimientos del jóven comerciante.

—Pero, ¿cómo es que habeis encontrado á vuestra bella esposa? preguntó el doctor.

—Desde que empecé á ser rico, he tenido mi policia secreta, respondió Elias, y la prueba es que conozco exactamente vuestros negocios... Hace ocho años que encontré á Christel en un asilo religioso, en el cual la habian recogido unas piadosas mugeres.

Junker se admiraba de que la hija adoptiva de Emmy hubiese recobrado la razon; pero hombre práctico, sobre todo, le bastaba ver que la jóven estaba encantadora, y por otra parte la invencion del ponche, que habia sido suya, probaba bastante cuanto valia su corazón, y daba testimonio de su razon.

Sin embargo, este ponche, que como el sábio acababa de decir, dejaba saldadas todas sus cuentas le mortificaba un poco, por lo que volvió á ocuparse de él!

—Mi casa, mi fortuna, cuanto yo poseo, os pertenece, querido señor Junker. Sin los treinta escudos que empleasteis en mí en otro tiempo, ¿dónde estaria yo?

—¿Dónde estaríamos? dijo Christel que, con lágrimas de alegría en los ojos, enlazó cariñosamente sus brazos al cuello de su marido.

—Mi aprendiz, no es, bien mirado, mas que el fruto de vuestras economías, añadió el anciano con gravedad.

—¡Ea! respondió alegremente el doctor, ya no disputo mas, señores, me habeis vencido; pero es preciso convenir en que, al emplear mis treinta escudos en la compra de un ahorcado, nunca pude figurarme que hacia un adelanto tan usurario.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

DE

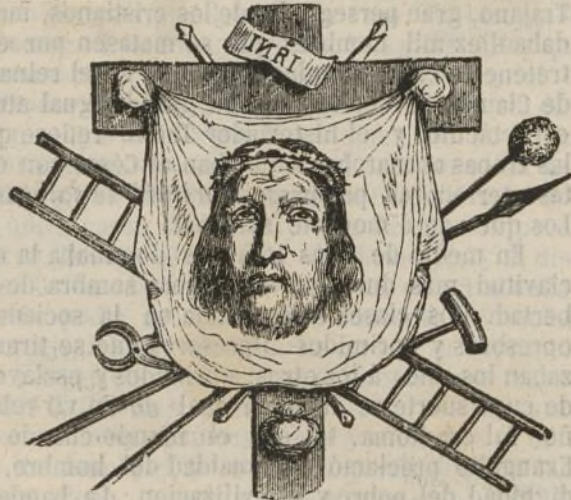
MELLADO.



C. DE STA. TERESA, N. 8.

Y DEL PRINCIPE, NUMERO 25.

MADRID.



SEMANA SANTA MEDITADA,

POR

DON RAMON MUÑOZ Y ANDRADE.



Un tomo en 8.º de cerca de 400 páginas, edicion de lujo, muy esmerada, en buen papel, con láminas litografiadas. Contiene además las fiestas movibles del año: La ASCENSION.—PENTECOSTES.—TRINIDAD y CORPUS-CHRISTI. Esta obra forma parte y está escrita por el mismo autor del



NOVÍSIMO AÑO CRISTIANO,



y se ha impreso con objeto de regalar á los suscritores que paguen de una vez el importe de todos los tomos, pero se vende tambien suelta á razon de 12 rs. en Madrid, y 14 en provincia enviándose por el correo franco el porte.

El NOVÍSIMO AÑO CRISTIANO constará de doce tomos, uno para cada mes, de los cuales van publicados cinco, que comprenden desde Noviembre á Marzo inclusive, y además el de SEMANA SANTA y FIESTAS MOVIBLES del año, de que queda hecho mérito.

El precio de suscripcion es 12 rs. tomo en Madrid, y 14 en provincia. Pagando de una vez todos los tomos solo hay que abonar el importe de doce en lugar de trece.

Se suscribe en Madrid, en el despacho del establecimiento de Mellado, calle del Príncipe, número 25, y en provincia en casa de los corresponsales de dicho establecimiento y de la BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

